

TIERRAS DE ESPAÑA

TERCERA PARTE

DURAR

SANTA MARIA DE RONCESVALLES

(LEYENDA)

INVOCACION

I

Tanto aire de montaña respirado,
tanto rumor de hayedo,
tanto riente prado,
medido al golpe de un andar tan quedo,
y todo, al fin, se desvanecería
sin recogerlo en ti, Señora mía.

Virgen del buen mirar condescendiente,
que un guardián de corderos
trajo, á darles virtud á estos oteros,
la tarde aquella en que le habló una fuente;

Señora de pastores y guerreros;
 Santa María,
 cerráranse tus ojos vivideros,
 y se trocara, hasta en sus picos fieros,
 toda la forma de esta serranía.

Abeja de la miel de estas quietudes;
 fuente oculta, que suelta entre rebaños
 los misteriosos caños
 de sus castas virtudes;
 que salva un recental todos los años;
 cuyos divinos pies huellan los paños
 blancos de los aludes;
 Santa María,
 heme á tus pies, sentado en tus escaños;
 que, sin centrarla en ti, se desharía
 la leve esfera de mi poesía.

Como un nimbo, Señora,
 quédese, haciendo cerco á tu cabeza;
 y, halo de luna y resplandor de aurora
 y niebla azul hurtada á la maleza,
 todo mi canto, ahora,
 abata el vuelo en torno á tu belleza;
 sus alas recogidas,
 como velo al caer, rozen tus sienes
 y enmarcando los ojos, donde tienes
 todo el misterio de las altas vidas,

retengan, cautas, el devoto impulso,
 Santa María,
 y cúbrante la vena azul del pulso
 en donde yo, á ser Dios, te besaría...

II

Morena y dura, en la exterior corteza
de tu rígida talla,
tú, nacida de un tronco, en la maleza,
á los golpes de un hacha de batalla,
Señora mía,
¿qué hay en ti que ha encontrado en tu belleza
dulzuras de panal el alma mía?

En el frío granito de esta loma,
¿qué gotear de fuente hizo agujero
y dejó limo y floreció el romero
y pasó tiempo y perduró el aroma?,
ó, en el huérfano hueco desvalido,
sobre el muerto romero, ¿qué paloma
tendió las alas, abrigando nido?
Santa María,
¿por qué, de donde estoy, pongo el oído
sobre tu seno en flor y oigo el latido
de un corazón de madre, Madre mía?

Curioso apenas al tomar la senda
que trae á tus altares,
¿qué impenetrables paños de qué venda

soltáronse, de pronto, en tus hogares?
Caté la paz de este sereno asilo,
donde hicieron los siglos tu vivienda;
y en mis entrañas reanudóse el hilo
de la muerta leyenda.
Santa María,
¿en qué remoto huerto encontraría
flores para mi ofrenda?...

EL PASTOR

I

Quisiera aquel candor y aquel fervor,
tan callado y tan vivo,
del pastor primitivo
que, guardando rebaño, en un alcor,
talló en un tronco del vergel nativo,
tu rostro, en puridad tan expresivo,
con su cuchillo en punta de pastor.

Soledad y silencio le ayudaron
y una gran paz de humanidad remota;
y aquel vuelo de buitres, que dejaron
la ingenuidad de la mañana rota...

II

Piensa, alma mía:
tendría, á flor de labio, un alma nueva
aquel tosco pastor...
Nació pobre; es un hijo de la gleba
y, adondequiera que los ojos lleva,
ve las tierras que son de su Señor.

De su Señor, la Torre y los encierros
de la Torre, con rejas
y con gritos que salen de sus hierros;
de su Señor, el monte y las ovejas
que él mira derramarse por los cerros
con nieve en el vellón de sus guedejas;
de su Señor, todo su afán del año;
de su Señor, los perros
que hacen, con él, la guarda del rebaño...

III

Sentado, á su sabor, en una peña,
como allí su Señor no le veía,
á la vuelta de un día y de otro día,
bajo el usado sayo de estameña,
tímido, le hablaría
su corazón, que le pertenecía...

Y aquel pastor tan solo, en la extensión
de tanta inmensa tierra contemplada,
tendría fatigado el corazón
de verlo todo y de no asirse á nada.

Tendría el corazón como una estrella
colgado, á solas, entre cielo y monte;
y á la redonda, todo el horizonte
para tragar las luces que él destella.

Su corazón se desvanecería,
como llama, en el aire.

Y eran años
tragándose á los años; y vivía
menos su corazón que sus rebaños.

VISION DE CAZA

I

Sucedió que, una vez, hubo rapiñas
de gente en armas contra su Señor;
que entró los campos y taló las viñas
y abrasó bosques, entre alcor y alcor.

Y llevando adelante sus corderos,
silbó á sus perros, empuñó el cayado,
su honda serpenteó por los oteros,
y el tímido pastor bajó á poblado.

II

Traía derribada la anguarina,
oculto el rostro, á medias, en sus dobles,
y se topó con un tropel de nobles,
que iban á caza de la selvajina.

Las retorcidas trompas resonaban,
rompiendo el aire, con feroz denuedo;
y abriendo paso al ruido, se apartaban
las seculares ramas del hayedo.

De los trotones los herrados cascos
las pedregosas sendas removían;
y, erizando de hierro los peñascos,
jabalinas y azconas relucían.

Todo era bulla y confusión; todo era,
por la selva adelante, un alarido,
dentro del cual latía, no extinguido,
el jadear de la acosada fiera...

Y unos á otros los ojeadores
se daban gritos, señalaban rastros;
y pasaban en furia, los señores,
llevando, en casco y peto, lumbre de astros.

III

Puesto á un lado, el pastor, rígido y quieto,
 mirábalos pasar, y parecía,
 pegándolas sobre él, que mantenía
 el corazón entre sus manos prieto.

Y como vió que, al paso, levantaban,
 hecha polvo sutil, toda la ruta,
 temió verse arrastrado y se erizaban
 las cerdas rojas de su barba hirsuta.

IV

En este punto, entre palafreneros,
 ministriles y pajes y la pompa
 de un lucido escuadrón de caballeros,
 que se iba abriendo paso, á son de trompa,

cruzó, montando una nevada yegua,
 que iba, entre el aire, braceando airosa,
 la Dama del Castillo, en una tregua
 de quietud, que se abrió como una rosa.

Del bordado brial sobre los paños,
 el heráldico ornato relucía;
 y él vió su rostro blanco, todavía
 más blanco que el vellón de sus rebaños.

Túnica lisa, de color de grana,
 le aprisionaba el busto, y suavemente
 los dos lirios del cuello y de la frente
 mostrábanse á la luz de la mañana.

De su capuz de plata entretejida
flotaba al aire el penachón de tulés;
paloma era su mano, retenida
al pasar por la cinta de la brida,
y sus dos ojos, como el cielo, azules.

V

Al acaso, el pastor, cató sus ojos
sin lograr detenerlos, en un viaje
que ellos hacían de un galán á un paje;
y vió los prados, que eran verdes, rojos.

Y quiso ver mejor; que tanto fuego,
tan de improviso, parecióle encanto;
Ella había pasado; quedó luego
lleno el aire de un vuelo de su manto
y él, de aquel aire y de sus ansias, ciego.

ALUCINACION

I

La vespertina calma,
más que á la tierra sombras, ofrecía
la leche y miel de su reposo al alma,
cuando el pastor se recobró, aquel día.

Volvía á ver las cosas,
sin hechizo ni encanto,
como ellas son; en sangre de unas rosas
fundían unas nubes vaporosas
los últimos revuelos de aquel manto.

Y frotando sus ojos
con sus dos puños, hizo
nuestro pastor, de hinojos,
una oración, con que acabó el hechizo.

II

Habíase quedado,
pasada su visión de cacería,
entumecido, en la quietud de un prado,
con su rebaño en torno, que pacía.

Y la cinta de plata
de un arroyo sutil, corriendo lejos,
bajo los chopos, entre mata y mata,
rompía alegremente sus espejos.

Mas le habían tenido,
mientras duró el engaño
que le turbó el sentido,
sus dos perros, la guarda del rebaño.

Y ahora, el pastor, se inclina
pasándoles la mano por el lomo,
y echa á andar, torpe y cachazudo, como
si fuera de granito su anguarina.

III

Calóse el capuchón, que es el relente,
en esta tierra baja, húmedo y frío,
y hundió sus ojos en la paz silente
de las nieblas del río.

Y vió, de aquellas nieblas, poco á poco,
surgir la Dama Blanca, en su montura;
y otra vez vaciló y otra vez, loco,
volvió, sin rumbo, á andar á la ventura...

IV

Como si conocieran los afanes
de aquella turbación que le encendía,
juntaron el rebaño los dos canes
y lo sacaron á la buena vía.

Y á tropezones, el pastor, cuidando
que escapan de él ovejas y moruecos,
dase á correr tras ellos, ululando;
y va, por las calzadas, resonando,
el bárbaro compás de sus dos zuecos.

ENCUENTRO EN LA BORDA

I

Una moza porquera,
á media pierna la amarilla saya,
que en la borda tal vez ronda á la espera,
como le ve llegar de tal manera,
le da empellones y le pone á raya.

«—¡Cóbrate! ¿Adónde vas? ¿Qué forajidos
acosándote están? ¿Con qué venablos?
¿Bajáis de la majada perseguidos?
¿O visteis en las rocas no-nacidos
y ahora fuís de todos los diablos?

{Qué pasa?}

Y el pastor:

«—No sé quién eres.»

La miraba sin ver, con desvarío,
y ella contesta, presintiendo avío:
«—Soy Muña y como todas las mujeres
si le plaz al galán, trayo lo mío.»

II

Refriégase con él en la penumbra,
junto al montón de helechos y matojos;
y él la mira de modo que la alumbra
con las chispas que saltan de sus ojos.

Y ya la Muña, en las dos corvas, siente
que su mezquina voluntad la deja,
cuando el pastor, inesperadamente,
«No eres tú, no eres tú», dice, y se aleja.

III

Apenas queda en el rescoldo llama;
 uno y otro tizón humea, en torno;
 mas sopla viento, el fuego se derrama
 y la hoguera, otra vez, vuelve á ser horno:

tal la Muña, al quedar sola en la borda.
 Ve alejarse al pastor y siente impulsos
 de degollarle; que, con ira sorda,
 toda la sangre le saltó á los pulsos.

Pero piensa un instante y, comiendo
 que dejarle vivir es mayor daño,
 se encoge de hombros y se va, diciendo
 la maldición que diezmará al rebaño.

IV

Al arrimo del hórreo en una plaza,
 unas viejucas, en la algarabía
 peculiar de su raza,
 el copo hilaban al trajín del día.

Pasa la Muña y callan, intrigadas;
 pero ella vuelve el rostro al cobertizo,
 y les grita, dejándolas pasmadas:
 «—¿No sabís?... ¡Al pastor, diéronle hechizo!».

LA MUJER

I

Pasóse la ocasión de la algarada;
tornó al monte el pastor; la generosa
llegó á olvidar que ha sido desdeñada;
pero el pastor, en tanto, no reposa.

Deja, todas las noches, su majada,
al buen cuidado de sus canes, sola;
y bañándose en luna plateada,
baja, por una senda, á su chabola.

II

Su sombra le precede algunas veces
y otras queda á su espalda, en una vuelta;
él tiene arrobos y murmura preces
y entre su sombra y él, va su alma suelta.

Aquella luz de luna desmenuza,
en un vago no-ser, la creación;
y él anda, sin pisar, como el que cruza
por un mundo de cosas que no son...

III

Por fin, ésta es su choza, ésta la puerta:
besa la cruz de palma en sus maderos,
abre de un empellón, la deja abierta,
y cae sobre unas pieles de corderos.

Y tiene, entonces, su pupila verde
que, en la ausencia de luz, se achica y fulge,
el brillo singular con que refulge
la razón que se pierde.

IV

Al lado suyo, hincado en unas piedras,
y á medio desbastar, está un madero
que herido, aún muestra, en su esqueleto fiero,
los descarnados nervios de unas hiedras.

Y él va sacando, á punta de cuchillo,
de aquel informe tronco, una figura:
la de la blanca Dama del Castillo
que vió un día pasar, en su montura.

Sentada la imagina; y como siente
que aún no lleva, en el alma, el soberano
conjunto de su rostro y de su frente,
dase á tallar, apasionadamente,
la divina paloma de su mano.

Tal la ha trazado como en la montura
la vió estar sobre el aire, esclarecida;
que al ingenuo pastor se le figura
que el destino de toda criatura
pende de aquellas cintas de su brida.

DELIQUIO

I

Y se da á su labor con tanto arrobó,
que en nada humano á distraerse acierta;
bajó, una noche de este invierno, el lobo
y, resollando, se plantó á su puerta.

Viólo el pastor y para sí, murmura:
«Si he de morir, de antes con antes sea;
»que si no he morir, fuera locura
»detenerme por éste, en la tarea...»
Sigue: el traidor rebulle, en la negrura,
y el pastor dice al lobo:

«—Pase y vea.»

Ya tiene fe que el milagroso encanto
que en él se obró, se cumplirá en las fieras;
se cansa el lobo de acecharle, en tanto,
y parte, aullando, hacia las parideras.

II

Y el pastor no le ve; mueve el cuchillo
con todo el corazón lleno de miedo;
que ahora, en el anular, pone su anillo
y, al menor roce, la herirá en el dedo.

Para sí, piensa:

«—Cuando alumbre el día
»que Dios fijó de plazo,
»después de darle forma á la obra mía,
»le pasaré mi vida, en un abrazo.

»Le pondré un corazón en donde albergue,
»si ella no tiene, la mitad del mío;
»y se caerá, sobre mi desvarío,
»toda esta majestad con que hoy se yergue.

»Porque, una noche, la estaré al acecho
»para morir y condenarme en ella;
»porque será un dolor verla tan bella,
»y querrá Dios y catará mi lecho...»

III

Cae, haciendo, al caer, un ruido blando,
de su mano, el cuchillo;
su corpanchón exánime se arruina
y se agrandan, tomando,
sus dos ojos, un brillo
vidrioso y espectral, de agua marina...

HECHIZO

I

Son tres meses cumplidos
los que lleva el pastor en la faena
de modelar el busto, á los latidos
de su amoroso corazón de hiena.

II

Y en las negruras de su tez, comida
del sol del monte y del fervor interno,
ya tiene trazas de beber su vida,
por la raíz, los zumos del infierno.

La doble empresa, en la que está metido,
de apacentar rebaños y visiones,
maltratábale el rostro denegrado
truncándole la paz de sus facciones.

Y en la aurora, al salir de aquel desmayo
tras el que acecha, alucinante, el sueño,
su rostro era espantable, como un leño
carbonizado en la espiral de un rayo.

Y se oía y su voz se le antojaba,
algunas veces, voz del otro mundo;
y no se conocía, si pasaba
junto á un río y miraba
su rostro, reflejado en lo profundo.

III

El solitario fué legión.

Y todos
sus deseos tan vivos, que se hicieron
de bulto; y al encuentro le salieron
por todos los recodos.

Y el día se pasaba
hablando á esta legión de imaginarios
seres, que le cortaba
el paso, en los senderos solitarios.

IV

Su espíritu, acrecido y recargado
de sí mismo, en su amor, buscó salida;
y dándose á los vientos del collado,
llenó de abortos, al pastor, la vida.

Toda cosa trivial cambió el sentido
para el Atormentado; era él la presa
de su propia visión; un encendido
fornal, su amor; su corazón, pavesa.

V

Y los prodigios, al final, llegaron;
y el hilo de la Ley faltó á la tierra;
y unas con otras y con él, en guerra,
del haz de Dios las cosas se soltaron.

Empieza, cada día,
á morir una oveja;
la fuente, en que él bebía,
hoy se agota y mañana está bermeja
de sangre; un alto nido, que él sabía,
de aguiluchos, lo incubaba una corneja;
se abre una grieta, en la serena vía
que, de noche, seguía,
y hay, en el fondo, un alma que se queja;
la divina figura que esculpía
se le incendia, una vez, y al otro día,
en el sitio en que estaba, está una vieja
toda desnuda, que le sonreía,
y ovilla sobre un cráneo que lucía
su propio pensamiento, hecho madeja...

Se acerca, para herir: visión ha sido.
Vuelve á brillar, en la sabida talla,
el rostro esclarecido
de la blanca mujer; y así, rendido,
se debate, el pastor, y así batalla.

DOLOR

I

Tocóle el corazón y fué, en la avara
sequía de su fiebre, un mar de llanto
ver que sus perros le plantaban cara,
tirando de los rotos de su manto.

No le reconocían...

Ya era extraño,
también, para sus perros,
que le acosaron, por aquellos cerros,
como á pedirle cuentas del rebaño.

Los dolientes ladridos, que en su huida
no los pudo escuchar más dolorosos,
de los perros de Abel, el fratricida,
le conminaron á escapar, furiosos.